



**EL PINTOR RENTERIANO
ANTONIO VALVERDE CASAS**

POR V. COBREROS URANGA

Siempre fue cada número de OARSO manojos de evocaciones, dada la índole de revista anual, propicia a la proyección del pasado. Sus distintos colaboradores —en el fluir de los mil avatares de su existencia— han recordado dilectamente descoloridas estampas de un Rentería de otrora; si, a veces, con añorante nostalgia, por aquello de que todo tiempo pasado fue mejor, otras, con el regusto «gueazi-gueza» de hechos y dichos de renterianos ilustres, entre los que no podían faltar —por el carácter «ajolakabe» de nuestro «spleen»— los de tantos «shélebres» como en el «txoko» han sido.

Hoy, en cambio, y por lo que a mí me afecta, he de dedicar estas líneas a un buen amigo, con el dolor que supone haberlo perdido en el transcurso del pasado año: el pintor Anthon Valverde; artista inquieto, que bien puede ostentar otros merecidos títulos, además del de pintor, conquistados con aquel su ilusionado volcarse sin reservas en el quehacer creador, lo mismo en el mundo de las artes plásticas, de las literarias y hasta del «folklore» bersolari, por no citar más.

La exposición que se montó como homenaje al conspicuo renteriano, a raíz de su fallecimiento, evidencia la sensación de sorpresa que causó en gran parte del público; no sólo por la altura de la calidad artística de su obra, sino también por las distintas técnicas y procedimientos expresivos por él empleados en su labor creacional.

Una de las más acusadas características de la personalidad de Anthon Valverde fue su polifacetismo artístico —óleos, acuarelas, guaches, aguafuertes, litografías, dibujos, xilografías... integraron su exposición—, como consecuencia de su gran curiosidad, seguida de la inmediata probatura y ensayo, dado su abierto afán hacia toda tendencia, reservándose la última palabra —la suya— para rematarla con el «gurpillito» —el punto sobre la i—, en testimonio de haber dominado su empeño. De aquí lo extraordinariamente variado de la exposición, dentro —y es lo bueno— de la unidad de su obra, en la que está todo él rebosante «ex abundantia cordis».

Dos facetas descuellan en la tarea pictórica de Anthon Valverde: el retrato y el paisaje. En el retrato cuida mucho de la composición del cuadro, sin que por ello pierda naturalidad; es más, hasta dando la sensación de que ha sido sorprendido el modelo. Aparte del parecido, los retratos de Valverde poseen vida interior y fuerte garra expresiva, lo que les hace en extremo interesantes incluso para los que no han conocido a los personajes retratados o no tienen vinculación alguna con ellos. La obra —el

retrato— vale en este caso, tanto o más que por su carga sentimental, por su intrínseca calidad artística.

En el paisaje, Anthon Valverde se dispara hacia la poesía, entrañablemente lírica, sin dejar de ser —como es de ley— auténtica pintura. Valverde canta con los colores. Sensible al «momento» de nuestro paisaje —siempre trascendental para un pintor de verdad—, es entonces cuando da de sí lo más exquisito del trasfondo de su alma de artista. Y siendo esto certísimo, no podía por menos de suceder que Anthon Valverde se enamorase perdidamente de un rincón de nuestro paisaje oarsotarra: de la ingente Peña de Aya, cifra y símbolo del Valle de Oarso. Frente a ella planta el pintor su estudio, «Ayalde», y ya no hay paisaje suyo en que no aparezca entre cendales o a pleno sol, con lluvia o con nieve, en la primavera recién lavada o en el otoño maduro de oros, la dentada y antropomorfa silueta de la Peña, como un totem, igual que le ocurriera a Hokusai, el maravilloso pintor japonés del tiempo de Goya, con su sagrado monte Fuji-Yama, que lo trasladó al papel en más de cien famosas vistas diferentes.

Anthon Valverde fue un excelente pintor de cuya gran valía no todo el mundo se dio exacta cuenta, quizá, porque no se preocupó él de llamar la atención y porque, conociéndole muchos por otras actividades, a las que su innata inquietud le llevara, se diluyó a los ojos de las gentes la más genuina y trascendente de la pintura. Ello, a no dudar, fue un bien para el artista, porque pudo ir creando para sí, con independencia y libertad absolutas, lo mejor de su arte, al no vivir de él, que muchas veces es prostituirlo, sino para él, en exclusivo, que es lo ideal.

V. Cobreros Uranga